

Afuera esta o el trago

Antonio Iriarte Cadena

En *Afuera estaba la noche*, obra ganadora de la Décima Bienal Nacional de Novela José Eustasio Rivera, Adolfo Ariza Navarro, su autor, presenta once botellas de licor; en otras palabras, once capítulos o partes de su novela para ser bebidas de dos maneras, si es que utilizo sus propias palabras: “Apurando las once botellas de un solo envión, o tomándolas sorbo a sorbo, hasta escanciar cada una de las botellas”.

Como me encanta el licor, quiero decir, casi o tanto como la literatura, intenté beberme esa novela de un solo empujón. El resultado no pudo ser más desastroso: un estado de borrachera pálida, de trémula alucinación, próximas al *delirium tremens* de los dipsómanos irredentos, cuando están por beberse, trastabillando, el último sorbo de la botella que los llevará a la rasca definitiva, a la que no tiene regreso, después de la cual

ya ni siquiera es posible el acto penitencial y purificador del guayabo.

Me tocó, entonces, suspender la libación compulsiva, quiero decir, la pretensión de leer la novela de una sola sentada, para tratar de capotear el mal momento de la juma que ya pintaba alarmante; intentar habituarme al sabor áspero de ese raro licor en el paladar, y volver a empezar, esta vez, sorbo a sorbo, con la cautela y parsimonia que impone al bebedor precavido la amenaza de algún ron turbulento que ya intentó golpearlo alguna vez, por culpa de esa confianza excesiva que algunos identifican con la temeridad.

Y de ese modo, sorbo a sorbo, me fui bebiendo durante cinco o seis días las once botellas de ese elixir atrayente y pavoroso. Aún siento su acíbar dentro de mi boca; todavía me quedan en la cabeza algunos rastros de la resaca, la que estoy seguro sufrió su autor al escribir esa obra amarga, aunque esperanzadora, la misma, eterna y aguada, que no nos da tregua a los colombianos



ba la noche, amargo de la sangre

después de tantos años de la obscena orgía de sangre sin fin que padecemos, cuando aún no avizoramos en el calendario el día en el que podamos dar por terminada, al menos por un trecho razonable de nuestra historia, la desmesura de esta violencia ebria hasta la abominación a causa de tanta sangre en vano derramada, por culpa de incontables vidas atrocemente perdidas.

Afuera estaba la noche es la historia calculada de un regreso al origen, el de la joven Amy, quien va no tanto tras la identificación de la tumba de su padre, el escritor Agustín Amador (de quien poco importa si se suicidó por su propio arbitrio o si lo mataron), como en busca del esclarecimiento de los hechos que la conduzcan, si es que eso aún fuera posible, a recoger, pero ante todo, a limpiar su sangre derramada del escarnio de otras muertes diferentes de su propia muerte y de la mancha de otras sangres distintas a la que estigmatizan su propia sangre.

El eterno círculo vicioso de nuestras inacabables violencias, de nuestros inconfesables desafueros: el de la víctima que, por curioso albur de nuestro destino, se convierte en victimario de otras víctimas las que, a su vez, serán victimarios de otros. Son los hijos de la ira, los hermanos del rencor que se resuelve en odio, el cual, una vez empozado en el alma generación tras generación, nos convierte en ciudadanos melancólicos de un país incierto, de una tierra de nadie; en desarraigados feroces de una nación sin alma y sin alegría, sin deseos de vivir, sin futuro, todo lo cual mueve, en diabólica espiral creciente, la rueda maldita de nuevas violencias, cada vez más desalmadas y feroces; vorágine siniestra de nuestro oscuro y trágico torbellino sin fin.

Sólo que en medio de esta catástrofe de tan apocalípticas dimensiones históricas y sociales, en el escenario mismo de tan colosal naufragio humano, es posible

Adolfo Ariza es diestro en el manejo de signos, de pistas que van llevando al lector atento y avisado por caminos insospechados.

encontrar, a través de la novela de este promisorio escritor, nacido en la extinguida población magdalenense de *La Avianca*, un pequeño resquecillo de luz. Nótese, y no se trata, pienso, de un detalle baladí ni de una arbitrariedad caprichosa de su autor, que el título de la obra no dice, en tiempo presente, "Afuera está la noche", sino que nos propone un título en pasado: *Afuera estaba la noche*. En tanto ello es así, cuando el lector da vuelta a la última página de la obra, se percata, sorprendido, de que, en efecto, la noche ya no está ahí; de que la noche ha escapado hacia alguna parte, junto con las últimas palabras de esta narración acezante, porque donde antes estaba instalada ella con su intimidante procesión de sombras, se atisban ahora en lontananza las primeras luces de un sonriente amanecer.

Pero señalemos otro sutil detalle que quiero poner a consideración de catadores finos de la literatura de buena calidad y que, a mi juicio, da para ponernos a pensar con algún detenimiento acerca de su hondo significado: la noche de la que nos habla Adol-

fo Ariza Navarro no está ni estaba adentro, sino afuera. *Afuera estaba la noche*, nos dice el autor con toda claridad en el título de su libro, título, a mi juicio, por demás afortunado. Y quiero dejar flotando, a manera de plumas leves a merced del viento, dos preguntas, para cuando ustedes se concedan el ambiguo, el equívoco, el agrídulce placer de leer esta novela plena de señales, rica en connotaciones semánticas, henchida de significaciones poéticas. ¿Afuera de qué o afuera de quién estaba la noche?

Esclarecidos los hechos a través del desciframiento de un laberinto casi inextricable de voces, de signos, de olores, de versiones, de miradas, de texturas y sabores, de objetos reveladores: un laurel, una vieja camioneta averiada, unas fotografías, veinticinco botellas de whisky de contrabando cuyas tapas de seguridad han sido arrancadas con algún fin, un caballo que relincha en la alta noche, un gato muerto, unas botas llenas de barro, un cuerpo que se desploma borracho sobre un catre oxidado; pero también de palabras bien o mal dichas, así como de aquellas que nunca fueron pronunciadas: Amy, la hija de Agustín Amador (el escritor homicida, acusado de suicidio y, por supuesto, de cobardía, y cuya probable condición de occiso es urgente esclarecer) puede, por fin, devolverse en paz por el mismo camino, o tal vez por uno diferente de aquel que la trajo hasta su pueblo de infancia, hasta su perdido paraíso original, sepultado hoy bajo el manto melancólico del olvido; camino del eterno retorno que la condujo hasta el esplendorido de la que antes fuera su casa, hoy con-

vertida en escombros por culpa del trago amargo y enloquecedor —igual que el licor de contrabando— de tanta sangre derramada. Ahora Amy sabe que Agustín Amador, su padre, mató para salvar a la hija de su corazón, amenazada de muerte a través de una execrable extorsión.

Luego de conocerse su muerte —dice el autor casi al remate de la obra—, en algún lugar se detendría el mecanismo de la rueda. Cualquier propósito de venganza sería inútil. Su niña del alma se había salvado.

Esta certeza fundamental se constituye, para Amy, en su tabla salvadora, en el estado de gracia que la redimirá de sus propios odios al devolverle la paz interior; la que la hará libre de sus demonios, los cuales no son otros que los fantasmas obscenos de sus rencores, al reconciliarla de nuevo con el mundo y con la vida, al punto que al pronunciar las últimas palabras de la novela, dirigidas a la Cerda, la que fuera amante de su padre y la mujer clave para conocer el origen de las fotografías que sirvieron a sus verdugos para extorsionar al escritor acongojado, se sorprende a sí misma sonriendo por primera vez desde su llegada al pueblo, a su entrañable pueblo sin

nombre. Bello y esperanzador final en medio de semejante barbarie. La cuestión de fondo no puede ser más clara: saber la verdad es una, tan solo una de las formas de la reparación, y la reparación, uno de los caminos que conducen hacia el perdón (que todos —tirios y troyanos, montescos y capuletos, guerrilla y paramilitares— deberían saberlo para tenerlo en cuenta) es prerrequisito indispensable para la reconciliación y la paz.

Por otra parte, *Afuera estaba la noche* es la historia del regreso de su protagonista a un pueblo en donde todos, o casi todos, están muertos en medio de sus calles fantasmales; donde sombras deambulan como si se tratara de almas en pena, a través de casas decrepitas, cargadas de silencios, de susurros dichos a media voz; pobladas de objetos añosos, corroídos por la herrumbre, por el paso implacable del comején y de la polilla, por la invasión agresiva de la maleza y de alimañas que se sienten inquilinas nuevas de viejas casas muertas.

Es una historia de regreso parecida al de Juan Preciado al espectral pue-



**La cuestión de fondo
no puede ser más
clara: saber la verdad
es una, tan solo
una, de las formas
de la reparación, y
la reparación, uno
de los caminos que
conducen hacia
el perdón.**



blo de Comala en busca de su padre, Pedro Páramo. El mismo que según Rulfo quedaba allá, "...sobre las brasas de la tierra, en la mera boca del infierno". Sólo que esta vez el viaje se realiza por motivos diferentes: El de Juan Preciado para reclamar a su padre lo que nunca les dio, ni a su madre ni a él; el de Amy, en busca de la dilucidación de unos hechos ominosos, cargados de sangre y de turbaciones hondas, poblados de miedos, habitados por el terror y por afectos tan entrañables como desgarradores, que al final se resuelven en tenue luz de esperanza. En este sentido, Adolfo Ariza contribuye desde su novela al desenmascaramiento de nuestros demonios, de los fantasmas de nuestras incontables violencias, a fuerza de obligarnos a mirarnos en el espejo pavoroso, aunque esclarecedor y promisorio de su narración.

Se trata de lo que George Steiner nos advierte, palabras más palabras menos, en

uno de sus ensayos más lúcidos de su libro *Lenguaje y silencio*, en referencia al papel crucial de la literatura como posibilidad de comprensión de las entretelas más profundas del alma humana: "...algunas de las novelas de Balzac o de Dostoievski —dice— pueden arrojar más luz acerca de la condición humana y de las motivaciones más profundas de su conducta que cualquier tratado de sociología, de historia o de psicología".

Afuera estaba la noche pone al lector frente a una escritura compleja en la que puede advertirse sin mayor esfuerzo una arquitectura narrativa sólida, a través de una trama bien pensada, y de recursos estéticos que delatan, desde la primera hasta la última página, la destreza de un escritor familiarizado con el arte de narrar y ducho en el manejo de la palabra. A fuerza de lecturas imprescindibles, se hace evidente su familiaridad, seguramente de no pocos años, con el impredecible ejercicio de la escritura.



Adolfo Ariza es diestro en el manejo de signos, de pistas que van llevando al lector atento y avisado por caminos insospechados, como aquella de la botella de whisky vacía, la cual nos presenta tanto en su connotación ética como en la de instrumento para enviar mensajes de vida o muerte, al mejor estilo del capitán Grant. O, para citar otro ejemplo, aquel nombre amablemente ambiguo de la Cerda, obsequiado a quien fuera una de las amantes de Agustín Amador, personaje femenino que el autor construye de manera convincente, mujer dotada de profundas complejidades del alma, contradictoria, misteriosa, implacable y tierna.

Adorna a nuestro escritor, narrador y poeta costeño ganador de varios premios nacionales, el ejercicio de una prosa escueta, que aspira a la esencialidad, carente de falsos adornos retóricos, la cual, en ocasiones, alcanza notable belleza estética a

fuerza de economía verbal que se traduce en imágenes felices, supremo secreto éste, junto con el de la clarividencia, de lo que en literatura conocemos como capacidad de contundencia, y arte en el cual, dicho sea de paso, no son muchos los baquianos.

He querido que las palabras finales de esta breve presentación de *Afuera estaba la noche* (obra que a partir de hoy enganará la colección literaria de *La Bienal De Novela José Eustasio Rivera* y de su patrocinadora, la *Fundación Tierra De Promisión*), no sean otras que aquellas, para mí inolvidables, con las cuales Adolfo Ariza Navarro empieza su hermosa novela y que nos invitan a que, con determinación y entusiasmo, emprendamos más temprano que tarde su gratificante lectura: “Es una tierra extraña. Áspera y seca. En verano se cuarteja y vomita los muertos. En invierno adquiere la índole de una bosta podrida de la que brotan los gusanos y en la que se atollan las bestias”. ■